

La escuela católica, lugar de diálogo y para el diálogo

*TEÓDULO GARCÍA REGIDOR**

No hace mucho tiempo, una breve carta de la Congregación para la Educación Católica («La Escuela Católica en los umbrales del Tercer Milenio», Roma, 1999)¹, instaba a la escuela católica a emprender una «renovación valiente». Esa renovación, que no se especificaba, venía a significar una llamada urgente a reconocer, por parte de las escuelas católicas de la hora presente, los nuevos problemas que afectan a la sociedad, a la cultura actual, a la educación. Y no sólo a reconocerlos, sino a aceptarlos y asumirlos como nuevos desafíos a los que responder.

Son numerosos y variados los desafíos que afectan a la escuela. El momento actual, al menos en nuestras sociedades secularizadas y pluralistas, pero más especialmente en la sociedad española, es un tiempo de convulsiones y de desencuentros. Pareciera, como observan voces autorizadas y sensatas, que hubiéramos perdido cierto grado de realismo, de sensatez y de equilibrio. Por eso hoy es más necesario replantear un conjunto de valores en los que educar: respeto por el otro, tolerancia, acogida y aceptación de lo plural, búsqueda de integración de las diversas culturas que forman parte de nuestra sociedad y de nuestra escuela, inclusión de las minorías frente a la tentación de la exclusión, y, como síntesis, el diálogo como actitud básica y como clima educativo.

* Profesor del Instituto Superior San Pío X.

¹ En adelante citaremos este documento con las siglas ECUTM.

La escuela católica siente, desde su presencia encarnada en la realidad social y cultural, el apremio a un compromiso educador con esas nuevas situaciones apenas esbozadas... Es deber suyo, imperativo ético y educativo. Desde ella misma y desde variadas instancias se le pide, en este tiempo incierto y plural, que se comprometa con lo que significa la posmodernidad, que afronte el pluralismo cultural, que tenga palabras y gestos de diálogo con respecto a las minorías excluidas, *diferentes* quizá en lengua, religión y cultura, que se muestre permeable a otros pueblos y a otras culturas; que, finalmente, aprenda y enseñe «a vivir juntos». Pues bien, resulta evidente que para responder a todas estas solicitudes la escuela cristiana necesita una actitud acogedora y dialogante.

Y es que la escuela cristiana es también interlocutor llamado al diálogo sin reservas, a tender puentes entre grupos humanos, clases sociales y culturas diversas. Y es interlocutor válido, por más que haya quienes se autoproclamen interlocutores únicos y nieguen a otros capacidades para el diálogo. No es nuevo escuchar preguntas como éstas, referidas a la escuela cristiana: ¿Cómo una institución monoconfesional puede educar en el pluralismo? ¿Cómo educar en el diálogo quienes están todavía empeñados en hacer repetir un monólogo continuo? ¿Cómo seguir manteniendo una escuela confesional en una sociedad, como la española y la europea, cada vez más secularizada y más laica? ¿Cómo educar para la interculturalidad y el diálogo desde una visión cerrada y monocorde? Y, finalmente, ¿cómo educar en la apertura, la tolerancia y el talante democrático desde una escuela que obedece a doctrinas prefabricadas, a imposiciones autoritarias y a dogmas religiosos?

Preguntas que no se limitan a criticar o a acusar a la escuela católica de ineficacia en su misión o a criticar los excesos o defectos en su forma de actuar; no, desde ellas, se realizan descalificaciones globales y se pone en duda su propia razón de ser.

Pues bien, la escuela católica, lejos de reiniciar polémicas nefastas de otros tiempos, debe responder desde una actitud de diálogo no exento de firmeza.

Y esa respuesta puede darla desde dos ámbitos diferentes: uno, obviamente, es el de los hechos, desde la praxis educativa de los centros educativos cristianos. En este caso, la multiplicidad y la variedad de centros, con un compromiso educador que contradice las anteriores acusaciones, proporcionarían también una magnífica respuesta a quienes tachan a las escuelas católicas de confesionalistas, intransigentes, antidemocráticas e incapaces para una educación integradora, para una educación en el diálogo, la interculturalidad y el pluralismo religioso. Pero no es justo cefirse sólo a los hechos; es necesario también acudir a los proyectos, a las palabras creadoras, al autoexamen de la escuela católica ante situaciones de radical novedad, a su incesante búsqueda de nueva identidad, de autoconciencia y de significatividad. Ciertamente, las palabras pueden generar proyectos vivos y actuantes o quedarse tan sólo en *flatus vocis*; y también pueden, si son pronunciadas desde la verdad, convertir los espíritus, mover las conciencias y cambiar las estructuras hacia el *compromiso* con una *realidad radicalmente nueva*.

En el momento que nos ocupa creo que será fácil reconocer que las dos situaciones antes mencionadas cobran cuerpo y realidad en las escuelas católicas: al testimonio y la significatividad de muchos hechos (práctica y vivir diario de las escuelas) se añade el convencimiento y la autoconciencia —que es más mensaje e imperativo vital que pura palabra vana— de su *nuevo proyecto educador*. En otras palabras: la escuela cristiana es ya y quiere serlo cada vez más, lugar de inclusión e integración de los diferentes, ámbito de diálogo, plataforma de convergencia, plaza de pluralismo y convocatoria de interculturalidad.

Algunos espacios de diálogo

En el presente artículo, dada la necesaria limitación de espacio, expondré tan sólo algunas respuestas de diálogo que la escuela católica puede ofrecer al panorama educativo de estos agitados tiempos. Soy consciente de la reducción, que no del olvido, de otras cuestiones tan importantes o más que las

expuestas. Intentaré tan sólo recordar, es decir, «volver a traer al corazón» algunos problemas en los cuales la escuela cristiana ha de estar *necesariamente implicada*. Y remito al lector a otros estudios que han tratado con mayor extensión, profundidad y pertinencia cuestiones previas o relacionadas con las que aquí se exponen².

Confesionalidad y pluralismo

La confesionalidad de la escuela católica suele esgrimirse como obstáculo y dificultad para una educación requerida por la sociedad secular, plurirreligiosa y para la cual lo religioso carece, en buena medida, de relevancia social, ya que lo relega al ámbito de lo privado.

Pues bien, conviene decir que la confesionalidad no debe ser considerada como un precepto que se impone a los destinatarios de la escuela, sino como una oferta que se hace desde la convicción profunda de una fe y de una «Buena Noticia», aceptadas y vividas en y desde la libertad. La confesionalidad —que es «catolicidad»— de un centro educativo cristiano obliga a tener las puertas abiertas —para entrar y para salir— y a abandonar cerrojos ideológicos y educativos que estuvieron echados hasta no hace mucho con la idea o el pretexto de preservar a los educandos, de apartarles del mal, de lo negativo y de asegurarles una formación no contaminada con «el exterior».

Hoy la escuela católica admite lo absurdo de tal «clausura» y reconoce que la fuerza del ambiente social y cultural invade sus aulas, pues la escuela católica en una «encrucijada sensible de las problemáticas que agitan este

² Véase, por ejemplo, el estudio promovido por FERE, *Escuela católica: signo y propuesta de futuro*, Madrid 2005, publicado por SM y FERE-CECA; y anteriormente, también promovido por FERE, *Significatividad social de la escuela católica*, Madrid 2003, también publicado por SM y FERE-CECA; «Interpelaciones a la escuela cristiana», número 131 de la revista *Sinite*, septiembre-diciembre de 2002 y *Pluralismo cultural, pluralismo religioso y educación cristiana*, Ed. Bruño, colección Aula Viva, Madrid 2003.

inquieto final del milenio» (ECUTM, 6). Y la Iglesia no es parca en la enumeración de esas nuevas características de nuestra sociedad que se convierten en desafíos urgentes: «la crisis de valores» expresados a través del «difuso subjetivismo, de relativismo moral y de nihilismo»; el «profundo pluralismo que impregna la conciencia social», los «rápidos cambios estructurales, las profundas innovaciones técnicas y la globalización de la economía» —con su secuela permanente de desigualdad y de injusticia—; «los fenómenos de la multiculturalidad y de una sociedad que cada vez es más plurirracial, pluriétnica y plurirreligiosa»; a lo que hay que añadir una cierta marginación de la fe cristiana «en los países de antigua evangelización» (ECUTM, 1).

Pero la escuela católica, «encrucijada sensible», no sólo siente la sacudida de estos vientos *desde fuera*, sino que los lleva en su *interior*: hoy «se ve obligada a relacionarse con adolescentes y jóvenes que viven las dificultades de los tiempos actuales. Se encuentra con alumnos que rehúyen el esfuerzo, incapaces de sacrificio e inconstantes y carentes, comenzando a menudo por aquellos familiares, de modelos válidos a los que referirse. Hay casos, cada vez más frecuentes, en los que no sólo son indiferentes o no practicantes, sino faltos de la más mínima formación religiosa y moral». Si a esto se añade la apatía por lo religioso... el panorama del interior de la escuela católica no parece como muy favorable para un adoctrinamiento al estilo de lo que algunos detractores o críticos de la misma acostumbra a describir. Esta situación, reconoce el propio documento eclesial, más que a celo proselitista conduce a un «cierto cansancio pedagógico...» (ibíd, 6). Y, podríamos añadir, también «pastoral».

Por lo tanto el carácter confesional no debe ser obstáculo ni para entrar en contacto con el hombre de hoy, el niño y el adolescente de la sociedad secularizada y pluralista de hoy, *presentes* en la escuela cristiana, ni para dificultar o poner trabas al respeto a la libertad de conciencia y de religión: el pluralismo interno de la propia escuela la lleva a una coherencia de fidelidad al hombre que educa, a la sociedad en la que vive y, por supuesto, al mensaje que la inspira.

La escuela católica es *consciente* de que ese pluralismo cultural y religioso exige un cambio radical en su proyecto, en su discurso, en su ser como institución. En términos del documento que hemos citado, la escuela cristiana está necesitada de una «renovación valiente». No basta un proyecto que responda a la radical novedad de nuestro momento sociocultural; no basta tampoco un discurso cuya coherencia con el momento presente sea tal que nos deje satisfechos a nosotros mismos. Es necesario que proyecto y discurso incidan en el cambio de aquellas estructuras que configuran la vida de la propia escuela: desde las actividades personales y grupales a las estructuras concretas, allá donde de verdad se encarnan las verdaderas preocupaciones («currículo oculto») y donde se ponen en juego los verdaderos intereses: competitividad, prestigio, «eficacia»... En realidad se trata de que la nueva situación sociocultural y religiosa ha de provocar «un vuelco, un replanteamiento radical de la escuela cristiana como lugar de evangelización» (T. García Regidor, 2002, 420).

El diálogo entre la fe y la cultura

Es ya proverbial, en el discurso y en el proyecto de la escuela cristiana, reconocer y afirmar que una de sus finalidades fundamentales en tanto que escuela y en tanto que cristiana es la de lograr una integración entre fe y cultura. Si algo debe caracterizar a la verdadera escuela cristiana ha de ser la de servir de puente, de síntesis entre la cultura —y las culturas— que vive el alumno y la fe que en la escuela se proclama, se estudia y se vive.

Sujeto inmerso en una cultura determinada, por un lado, y creyente —si lo es— por otro, el alumno de la escuela cristiana está llamado a realizar en su persona, a través de un proceso educativo que integre esas dos dimensiones, y debe poder realizarlo en el conjunto de la escuela, en el quehacer global, convertido en «lugar cultural» que pretende, a la vez, ayudar al alumno a «descubrir» la verdad de la ciencia, la dimensión humana de la(s) cultura(s) y la maduración y vivencia de la fe (cf. EC 38-43).

Difícil tarea hoy para la escuela –a pesar de lo fácil que ha sido, también aquí, atribuir a la escuela tareas y funciones que son más propias de ciertas instituciones religiosas y eclesiales «adultas»– porque no es fácil reconducir un diálogo tremendamente debilitado a causa de una cada vez más abrupta separación entre la sociedad secularizada –sus valores, sus culturas, sus urgencias...– y lo religioso y la fe: sus estructuras, sus símbolos, sus instituciones representativas. Por otra parte, el analfabetismo religioso de buena parte de los alumnos de los centros católicos así como la escasa preparación de los nuevos docentes –de una generación para la que lo religioso dejó de ser un elemento configurador de su identidad personal y social– dificultan una tarea, el diálogo entre fe y cultura(s) que supone el esfuerzo por la integración de lo diferente, que no lo contrario, y de síntesis entre elementos que, presentes en el seno de la escuela, tienen que integrarse en la realidad personal de los alumnos.

Esta tarea (esto es de sobra conocido por parte de quienes estamos vinculados a la escuela cristiana), debe realizarse en el conjunto de la escuela, en sus relaciones, en sus tareas pedagógicas fundamentales, en el clima creado en la escuela o en la creación de la «cultura de la escuela»: una cultura que «se expresa a través de las relaciones, estructuras y procesos dentro de la escuela, y es reconocible por medio de las costumbres de la escuela y por los modos de expresión y de conducta» (H. Lombaerts, 426).

Y uno de los elementos que se han considerado como más idóneos para esta función dialogal entre la fe y la cultura –y exponente actual del clima de diálogo y de apertura de la escuela católica y, por extensión, del pensamiento de la Iglesia en este asunto, ha sido la clase de religión. Pues bien, con respecto a esto hay que decir que da la impresión de que quizá la Iglesia no ha modificado todavía ni su discurso ni su proyecto tanto como debiera en este ámbito. La diferencia de lenguaje entre documentos relativos a la *escuela cristiana* y a la *enseñanza de la religión católica* es considerable. Aunque no sea éste el momento de un análisis comparativo entre ellos, baste decir que mientras se afirma que la escuela cristiana tiene que ser

sumamente respetuosa con sus plurales destinatarios en el ejercicio flexible y abierto de su confesionalidad y de que en su interior debe acentuarse como rasgo diferencial el diálogo entre las diferentes culturas y religiones, en el campo de la enseñanza religiosa confesional se mantiene una imagen de confesionalidad más bien cerrada; más que un diálogo necesario entre religiones y culturas o más que intentar poner los cimientos religiosos comunes mediante una iniciación en el hecho religioso... se mantiene un modelo confesional rígido, quizá bueno en sí mismo y apropiado para otras circunstancias socioculturales y educativas, pero discutible al menos en las presentes circunstancias. Por eso, más que el intento de dialogar desde la fe cristiana con otras religiones y culturas y actitudes ante lo religioso, debería ser preocupación de todos el que a los niños y adolescentes de los centros escolares, también de los cristianos, se les procurase una iniciación en lo que es común a todas las religiones. Quizá no es lo más «ortodoxo» desde el punto de vista del ser —o de una visión ideal del asunto—, pero tal vez resulte lo más oportuno desde el imperativo de la situación presente y, sobre todo, futura.³

La interculturalidad y el diálogo interreligioso

El diálogo fe y cultura nos lleva como de la mano a una doble exigencia dialogal que la escuela cristiana ha de asumir entre sus finalidades y objetivos *preferentes*: la educación para la interculturalidad y la educación en el pluralismo religioso.

³ Ya sé que no es la Iglesia quien determina, en última instancia, el que la enseñanza religiosa haya de ser confesional, sino el derecho de los padres a optar por una educación que esté de acuerdo con las convicciones religiosas y morales de éstos... Pero ella tiene en este asunto una enorme responsabilidad... más que la defensa de un solo modelo sería muy positivo buscar la posibilidad de otros modelos, con el objeto de hacer más creíble ante la sociedad que no es ella la destinataria interesada de esta fórmula de confesionalidad; y, sobre todo, para hacer mucho más viable el diálogo entre lo religioso, desde una plataforma común, y la cultura de nuestro tiempo.

a) La educación intercultural

De unos años a esta parte constatamos un «paso» de la escuela cristiana cuya significación puede que no esté al alcance del gran público, como tampoco de quienes siguen siendo radicalmente críticos con la escuela católica. Me refiero al paso de una *preocupación por la identidad*, es decir, de subrayar lo que diferenciaba a la escuela cristiana de las demás escuelas y de las consecuencias que ello suponía en algunos aspectos básicos (como, por ejemplo, la estrecha relación entre identidad y admisión de alumnos) a expresar de manera intensa y extensa que su acción educadora, ofrecida como un servicio a la sociedad, es un *servicio dirigido a todos* y, especialmente, a los más necesitados, no precisamente a los más católicos (cf. GEM, n. 9). En este sentido es mucho más importante subrayar que las urgencias y las necesidades nuevas que afectan a la educación de todos son asumidas como prioritarias por la escuela, también por la escuela católica. Y ésta porque así lo exige su carácter propio y su misión.

Es de todos conocido que nuestra sociedad vive en un cambio continuo y en una pluralidad de situaciones, especialmente culturales, que, dada la dinámica globalizadora actual, se aproximan unas a otras, se entremezclan, se interfieren. En el ámbito de una sociedad –y de una escuela como subsistema de esa sociedad– ya no se puede hablar de la cultura como realidad única que informa a la sociedad, como un todo homogéneo en el que iniciar a las jóvenes generaciones de manera casi natural. Hoy hay que hablar de las culturas que configuran nuestro ser social y que diversifican las opciones axiológicas, éticas, políticas, religiosas. La diversidad cultural, más extensa e intensa en unos contextos que en otros, es algo que también afecta a la escuela. Y a ésta se le pide que responda con una «educación intercultural» que es exigencia para todos los alumnos y para todos los centros; independientemente de si en el centro hay minorías y/o estratos sociales marginados. El presente y el futuro son multiculturales; por tanto, sólo educaremos con calidad si preparamos a todos los alumnos para esta realidad social». (FERE-Madrid, *El modelo intercultural como fundamento de la educación compensatoria*, p. 21).

Pues bien, en nuestro contexto europeo y español se está generando una nueva situación multicultural, fruto, entre otros factores, de una creciente inmigración tan intensa como variada. Esta situación se presenta a la sociedad como un reto doble: por un lado, la posibilidad de «aprender a vivir juntos»; por otro, lo que quizá resulte mucho más difícil: «aprender unos de otros». Y lo que se vive en la sociedad como un reto se convierte, para la escuela, casi en un «imperativo educativo». Se da por sentado que la escuela debe asumir el reto de la multiculturalidad y realizar un proceso de integración entre culturas a través de una educación para la convivencia y la mutua relación entre ellas y entre los sujetos que las representan. Y ello, porque se parte de que la escuela «es un elemento organizador fundamental de la educación intercultural» (FERE, *Escuela católica: signo y propuesta de futuro*, p. 37).

Lo anterior es cierto y es reconocido hoy como objetivo y tarea *prioritarios* de las escuelas. Pero conviene matizar: esto no es un objetivo fácilmente alcanzable. Suele ser frecuente, en ciertos sectores de la sociedad, atribuir nuevas funciones y asignar cometidos nuevos a la escuela. Y ésta recibe con frecuencia, entre atónita y resignada, una serie de objetivos sociales que se presentan con carácter de necesidad y de urgencia. Y, muchas veces, por la fuerza misma de los hechos, esos cometidos no pasan de las buenas intenciones o de una mera formalidad. La educación intercultural corre el riesgo de convertirse en uno de ellos. La educación intercultural como nueva expresión de convivencia y de diálogo interhumano es «una realidad muy compleja», «cuyo tratamiento colectivo supone una ardua tarea. Una escuela intercultural que educa en la diversidad debe tener en cuenta los ámbitos institucional, administrativo, curricular, de servicios y de relaciones» (ibíd.). Conjuguar todos estos factores es algo mucho más complejo que atribuir a la escuela una nueva función, y, por supuesto, el esfuerzo global no es cuestión de un voluntarismo fácil al son de una campaña o de un eslogan atrayente; es necesario un «empeño constante», una buena dotación de medios, la formación de los responsables educativos, la fe y la convicción profunda sobre la necesidad de la educación intercultural; de otro modo algo

que debería ser una *nueva dimensión* de la educación total de la escuela tiene el riesgo de convertirse en una *cuestión menor* objeto de campañas reiteradas o de sensibilizaciones más o menos superficiales y esporádicas.

De todos modos, la escuela cristiana debe convertirse en un ámbito comprometido con el imperativo de la interculturalidad, aunque no fuera más que por la tradición histórica: la fe cristiana ha convivido con culturas diferentes y cerradas, es cierto, pero también en ámbitos de culturas plurales, diferentes. Además, los valores basales de la escuela cristiana posibilitan –piénsese en el fondo universal de las Bienaventuranzas, del amor al prójimo, de la actitud de servicio, de acogida y de diálogo que caracterizan el espíritu del cristianismo– un encuentro respetuoso y sincero con *el otro*, un diálogo, no por difícil, menos eficaz

Y frente a las palabras y los discursos de quienes invocan el encuentro, la comprensión, el aprecio y la aceptación del otro pero no se deciden a provocar o a suscitar ocasiones de encuentro, la escuela ya es, en sí misma, lugar de encuentro físico y material. En ella reside la responsabilidad de que ese encuentro sobrepase los límites de lo meramente físico para convertirse en una realidad dinámica, cultural, dialógica. Que lo que es de por sí una suma de segmentos (la realidad multicultural) se torne, por obra de un proyecto educativo comprometido en encuentro y en diálogo, en una integración fecunda de elementos diversos (interculturalidad). Ya lo decía, aplicado a toda escuela, el concilio Vaticano II: la escuela, además de formar las facultades intelectuales, de introducir al alumno en el patrimonio cultural y de promover los valores... «fomenta el trato amistoso entre los alumnos de diversa índole y condición, contribuyendo a la mutua comprensión...» (GEM, 5).

b) Pluralismo religioso

Con relación a esta cuestión es necesario, en primer lugar, constatar que en las sociedades europeas el diálogo interreligioso ha sido una constante a lo largo de los últimos siglos. En el caso de la sociedad española este hecho

mantiene aún rasgos de novedad. Quizá nuestra secular tradición, de convivencia plurirreligiosa, interrumpida bruscamente en un cierto momento histórico, nos imposibilitó para ese diálogo. Pero hoy los tiempos son otros: y sea desde la consideración del nuevo pluralismo religioso que configura nuestro paisaje humano y social, sea desde las invitaciones de la propia Iglesia, es necesario replantear el problema interreligioso en la escuela confesional católica.

La Iglesia invita al diálogo

El diálogo con los diferentes, religiosamente hablando, no es algo ajeno a las preocupaciones pastorales de la Iglesia. Sin recurrir a los grandes principios sentados ya en el Concilio Vaticano II, vamos a exponer unos breves objetivos que podemos leer en el documento *Directorio General para la Catequesis*⁴. En este texto, básico para la tarea educadora de la fe y para las escuelas cristianas, se muestra una voluntad ecuménica con las confesiones cristianas no católicas y una clara voluntad dialogante con las religiones no cristianas:

- a) Serán objetivos para un diálogo ecuménico: 1. «esforzarse en preparar a los niños, jóvenes y adultos a vivir en contacto con los hermanos y hermanas de otras confesiones» (DGC, n. 197); 2. realizar «determinadas actividades de colaboración en el campo de la enseñanza religiosa» y 3. cuando en la clase de religión haya miembros de otras confesiones cristianas, habrá que «ofrecer ocasiones para el diálogo, gracias al cual se pueden superar desconocimientos y prejuicios y abrirse a un mejor entendimiento mutuo» (DGC, n. 198).
- b) El diálogo interreligioso queda expresado, con respecto al judaísmo, en un «conocimiento recíproco entre el judaísmo y la tradición cristiana, en todos los niveles», ya que «nuestras tradiciones están demasiado emparentadas como para ignorarse» (DGC, n. 199).

⁴ Citaremos este documento, publicado por la Congregación para el Clero, Roma 1999, con las siglas DGC.

- c) Por lo que se refiere a otros contextos multirreligiosos se, proponen tareas como: 1. «profundizar y robustecer» la fe de los cristianos «mediante una adaptación o inculturación conveniente en una confrontación necesaria entre el Evangelio de Jesucristo y el mensaje de las otras religiones»; 2. «tomar conciencia de la presencia de otras religiones. A la vez de capacitar a los fieles a discernir en ellas los elementos que entran en confrontación con el mensaje cristiano, la catequesis debe educar también para descubrir las semillas del Evangelio (*Semina Verbi*) que hay en las religiones y que pueden constituir una auténtica “preparación evangélica al mismo» (DGC, n. 200); y 3. «compromiso conjunto en un servicio a los derechos de la persona y a favor de los pobres y, en donde sea posible, con el anuncio explícito del Evangelio».

Tareas-objetivos que las escuelas cristianas y los cursos de religión católica deben tener muy en cuenta. Y, en especial, la última, relativa a un común testimonio de las religiones en pro de los derechos humanos, de la denuncia de las injusticias y de la erradicación de la pobreza. Son muchos los expertos en diálogo interreligioso que apuntan a este objetivo como prioritario y genuino del diálogo genuino y eficaz.

Algunas respuestas de la escuela católica

1. La escuela católica tiene que plantearse su identidad y su misión evangelizadora también desde la diversidad religiosa interna a la propia escuela, y no sólo desde la supuesta unidad religiosa de sus miembros, y entender el ámbito escolar como «lugar de acogida, integración y diálogo interreligioso». Acogida y diálogo... y no sólo respeto a las creencias de los otros, pero «sin relacionarse con ellos en tanto que religiosamente diferentes».
2. Saber vivir, desde la seguridad de la fe cristiana y desde la búsqueda de y con los otros, en un esfuerzo permanente por huir de la «asimilación religiosa» y de la integración del otro en el «nosotros cristiano» o, por el contrario, de una descomprometida distancia: en este sentido «siempre

estaremos a la búsqueda de un equilibrio entre la integración y el respeto a las diferencias» (P. Lamotte, 362).

3. Ensayar gestos concretos y significativos que impliquen una convivencia real con los «otros religiosos» y no sólo una proximidad «de palabra». Por ello «habrá que procurar crear ocasiones donde puedan encontrarse realmente jóvenes de distintas tradiciones religiosas que expresen con toda libertad su propia experiencia de fe. Como norma, los testimonios deben ser recíprocos... aun cuando frecuentemente tenga que hacerse de forma separada y sucesiva. En el caso de que sea imposible tener un contacto directo con miembros de otras religiones, pueden utilizarse cintas de vídeo o cualquier otro material preparado por ellos» (Sottocorola, 611).
4. Promover causas comunes, de acuerdo con lo afirmado anteriormente por el *Directorio General para la Catequesis*, puede ser un ejercicio de diálogo real y eficaz. Los compromisos adoptados por todos los alumnos, especialmente por aquellos que pertenecen a confesiones religiosas diferentes, muestran «cómo el vínculo (*religio*) con el Absoluto es fuente de implicación con lo humano» (Melloni, 24). No hace falta insistir en el hecho de que el compromiso con las causas humanas es la mejor forma de expresar lo religioso y de que lo religioso bien vivido «es fuente de implicación con lo humano».

Pero para que éstas y otras iniciativas tengan sentido y signifiquen aproximación, empatía y diálogo con «el otro», es necesario educar previamente —o quizá al mismo tiempo— en algunas actitudes básicas; entre ellas: 1. la acogida reverencial al otro; 2. la necesaria aceptación política y social del otro; 3. la convivencia con el diferente, y 4. la amplitud de conciencia para que la acogida sea una posibilidad real.⁵

⁵ Para este párrafo y para los siguientes, cf. T. García Regidor, «Respuesta de la escuela cristiana al fenómeno del pluralismo religioso», en *Pluralismo cultural, pluralismo religioso y educación cristiana*, Bruño, Madrid 2003, pp. 67-94.

¿Qué se puede hacer en la escuela católica para poner en práctica ese diálogo? En primer lugar, la escuela debe *recibir* en su seno a otras religiones; y ello de manera simbólica, pero también real. Luego, la escuela, en justa reciprocidad, tiene que *salir al encuentro* de otras religiones: las visitas a centros significativos son una ocasión de aproximación y de diálogo «en directo»; también hay que *hablar de las religiones*, es decir, abordar con inteligencia, simpatía y cordialidad —evitando caer tanto en un irenismo inconsistente o en una actitud ingenua— el hecho religioso como hecho humano y cultural, es decir, resaltar el valor y los valores de las otras religiones; finalmente, *dar la palabra a las religiones*, a pesar de las posibles reticencias de unos y de los riesgos que pueden ocasionar los otros...

Todo ello será posible si, entre otras cosas aquí sólo insinuadas, se crea en la escuela cristiana una especie de *ecosistema* en donde domine un «*clima favorable al diálogo*». Si en ocasiones el ambiente no es favorable ni idóneo para un diálogo explícito, debido ello a circunstancias diversas, lo que sí es posible y deseable es que, «a partir de ahora, la formación en la práctica de la fe tendrá que incluir una orientación y preparación para vivirla y profesarla en una sociedad multirreligiosa con una actitud de diálogo que capacite para expresar libre y gozosamente la propia fe ante los demás, y, al mismo tiempo, esté dispuesta y pronta a acoger con respeto y simpatía la fe de los demás» (Sottocornola, 608).

Pero esto exige a la escuela ese «cambio valiente» del que hemos hecho mención al principio; cambio que no sólo afecta a las actitudes de los alumnos sino previamente a las de los adultos: padres y profesores. Para ello habrá que «vencer resistencias», comprensibles en un contexto como el español, poco dado en estos últimos siglos a dialogar y convivir con otras religiones en el suelo patrio. Pero la conversión de los adultos de la escuela cristiana se impone como *conditio sine qua non* para realizar un cambio realista y arriesgado a un tiempo en el campo del diálogo interreligioso.

¿Diálogo entre dos modelos de escuelas?

Otro de los objetivos –otro puente por construir– ha de ser el diálogo entre la escuela estatal y la escuela concertada, es decir, de iniciativa social. Llevamos siglos de oposición y de lucha, de competitividad, de desmembración del organismo vivo que es la educación española. ¿No estamos, centros estatales y centros de iniciativa social, al servicio de los mismos objetivos básicos? ¿No servimos a la misma sociedad? ¿No formamos parte integrante de la misma cultura? ¿No participamos de las variadas culturas que son el humus que alimenta a los alumnos de unas y otras escuelas? Y sin embargo tendemos a acentuar las diferencias que, aun siendo reales, solemos deformar y agrandar considerablemente; tendemos a alejar –ideológica, política y educacionalmente– dos modelos de educación que, a la postre, no se diferencian esencialmente en su carácter educativo fundamental. Tendemos a mantener las distancias para poder así seguir agrandando nuestras diferencias.

Por eso debemos preguntarnos: ¿cuándo, cómo y por medio de quién se puede iniciar un diálogo entre los diversos modelos educacionales en España?

Sería necesario que surgieran figuras capaces de unir ambos mundos, como una vez ya intentara –aunque no exactamente de la misma manera que aquí se propone, de acuerdo con los tiempos actuales– S. Pedro Poveda. El fundador de la Institución Teresiana quiso que las mujeres seglares que iniciaban esta nueva, arriesgada y creativa vía evangelizadora, fueran «presencia en las estructuras de la sociedad civil, a modo de fermento, y, especialmente, en las estructuras educativas estatales, que también ofrecen capas permeables... Sería necesario también preguntar si los profesores de Religión de la escuela pública y, en general, los educadores cristianos seglares, también de la escuela estatal, no podrían ser cauces de diálogo, puentes de comunicación con las «otras escuelas». Y finalmente, habría que preguntarse si los centros educativos católicos no tienen que abrir sus puertas, sus locales, sus instituciones y sus medios, fuera del horario escolar, al entorno plural y heterogéneo en el que están inmersos.

Son éstas unas sugerencias que brotan al hilo de las anteriores reflexiones. Habría que decantarlas, pensarlas más y mejor, y, sobre todo, habría que hacer una llamada al diálogo entre todos, especialmente en unos momentos en los que éste parece ausente, justamente cuando, para la elaboración de una nueva Ley Orgánica de Educación, hemos sido convocados, quizá de manera más retórica que real, para el diálogo y la conciliación: hacer una ley de todos, para todos y entre todos.

Conclusión

Termino estas reflexiones cuando se acaba de celebrar una imponente manifestación, en la que la escuela cristiana ha tenido un lugar destacado, contra la nueva reforma educativa. Hablando de diálogo y de «tender puentes», uno se pregunta qué significado *dialogal* pueden tener actos como éste. En realidad es un grito; una suma de voces que parecen no haber encontrado otros cauces de diálogo; un grito que resultará hiriente para los responsables de la nueva ley educativa; algo estentóreo según quién escuche el grito y no comparta los motivos. Pero de lo que no cabe duda es de que se trata de una solución extrema y que se lanzan gritos como éste porque antes han fracasado otros cauces de diálogo... Y uno, de nuevo, se pregunta para qué está la representatividad política, ¿por qué fracasa el diálogo de los representantes del pueblo en los órganos adecuados y tiene que salir el propio pueblo a que se oiga su voz hecha grito? Tenemos, en el campo de la educación, un ejemplo ya secular de la necesidad de diálogo, de la urgencia de acercar posturas, de cruzar palabras pero no como armas sino como «camino para» una solución inspirada por el bien común, el bien de todos. ¿Será esto posible algún día? La escuela católica, ¿contribuye a ser cauce para el diálogo?

Referencias bibliográficas

- CONCILIO VATICANO II, *Declaración sobre la educación cristiana de la juventud*, Roma 1965. (Siglas GEM).
- CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La Escuela Católica*, Roma 1977.
- CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La Escuela Católica en los umbrales del tercer milenio*, Roma 1999. (Citada como ECUTM).
- CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio General para la Catequesis*, Roma 1999.
- FERE-Madrid, *El modelo intercultural como fundamento de la educación compensatoria*, Madrid 2001.
- FERE, *Escuela católica: signo y propuesta de futuro*, SM y FERE-CECA, Madrid 2005.
- GARCÍA REGIDOR, T., «Repensar la pastoral de la escuela cristiana», *Sinite*, 131 (2002), pp. 419-440.
- GARCÍA REGIDOR, T., «Respuestas de la escuela cristiana al reto del pluralismo religioso», en: *Pluralismo cultural, pluralismo religioso y educación cristiana*, Ed. Bruño, Col. Aula viva, Madrid 2003, pp. 67- 94.
- LAMOTTE, P., *Guide pastorale de l'enseignement catholique*, Droguet-Ardant, Limoges 1989.
- LOMBAERTS, H., «Texture culturelle en quête de vérité», *Lumen Vitae* (1991), pp. 261-275.
- MELLONI, J., *Los ciegos y el elefante. El diálogo interreligioso*, Cristianisme i Justícia, Barcelona 2000.
- SOTTOCORNOLA, F., «Algunas notas sobre formación para el diálogo interreligioso», *Concilium*, 297 (2002), pp. 603-614.